

TEMA 48

Fascismo y neofascismo: Caracteres y circunstancias en que se desarrollan.

I. INTRODUCCIÓN

II. DESARROLLO DEL TEMA

1. ORÍGENES Y CAUSAS DEL FASCISMO
2. IDEOLOGÍA Y PRÁCTICA DEL FASCISMO
3. EL FASCISMO ITALIANO
 - 3.1. EL ORIGEN DEL FASCISMO EN ITALIA
 - 3.2. DE LA LEGALIDAD AL TOTALITARISMO: EL RÉGIMEN DE MUSSOLINI
4. EL NAZISMO ALEMÁN: GÉNESIS Y CONSOLIDACIÓN DE UN RÉGIMEN TOTALITARIO
 - 4.1. RAÍCES IDEOLÓGICAS DEL NACIONALSOCIALISMO
 - 4.2. EL ASCENSO DEL NAZISMO
 - 4.3. LA CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO NAZI
5. OTROS MODELOS DE FASCISMO
6. NEOFASCISMO Y EXTREMA DERECHA
 - 6.1. NEOFASCISMO
 - 6.2. EXTREMA DERECHA

III. CONCLUSIÓN

IV. BIBLIOGRAFÍA

ONUBA ©

I. INTRODUCCIÓN

Los fascismos representan uno de los fenómenos históricos más significativos y perturbadores del siglo XX. Durante el periodo de entreguerras, millones de personas en distintos países —pertenecientes a diversas clases sociales, religiones y orígenes étnicos— se vieron arrastradas por este movimiento. Sin embargo, a pesar de su impacto, todavía no existe una definición unánimemente aceptada de lo que es el fascismo. El historiador Robert Paxton lo define como una forma de comportamiento político caracterizada por una obsesión con la decadencia, la humillación o la victimización de la comunidad, acompañada de cultos compensatorios en torno a la unidad, la energía y la pureza, todo ello en colaboración efectiva con las élites económicas.

Es fundamental señalar que, en el desarrollo de este trabajo, el término "fascismo" se referirá al fascismo histórico, y no a su uso contemporáneo para describir ciertos movimientos surgidos tras la crisis de la democracia liberal. Por tanto, el análisis se centrará en primer lugar en los dos casos paradigmáticos: el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán.

Por último, se abordará también el surgimiento de los movimientos neofascistas en Europa tras la Segunda Guerra Mundial, así como el ascenso de partidos de extrema derecha en la actualidad, cuyo creciente protagonismo electoral en democracias occidentales constituye un fenómeno de especial relevancia.

II. DESARROLLO DEL TEMA

1. ORÍGENES Y CAUSAS DEL FASCISMO

El siglo XX fue testigo de un predominio de ideologías que anteponían la omnipotencia del Estado a los derechos individuales, en contraste con el liberalismo y la democracia. Como señala Kershaw (2008), "la desesperación económica y social creó un caldo de cultivo para el auge del fascismo". Los orígenes del fascismo pueden resumirse en los siguientes factores:

- 1) Según Reinhard Kuhl, el liberalismo y el fascismo son "dos formas de dominio burgués"; el primero permitía deshacerse de los estamentos privilegiados, mientras el segundo actuaba como freno frente a la revolución proletaria. La Revolución Rusa de 1917 y las insurrecciones comunistas en varios países europeos generaron un profundo miedo al bolchevismo (Kuhl, 2011).
- 2) La crisis económica de la posguerra, exacerbada por la Gran Depresión de 1929, generó un descontento masivo en países como Alemania, donde el desempleo alcanzó niveles alarmantes. Este escenario propició que muchos adoptaran ideologías desesperadas y radicalizadas (Hobsbawm, 1994).

- 3) Las duras condiciones establecidas a los perdedores de la I Guerra mundial (Tratados de Versalles), generaron un nacionalismo exacerbado que fue el caldo de cultivo del fascismo (Russell, 2010).
- 4) La política colonial de las potencias europeas, analizada por Hannah Arendt en "*Los orígenes del totalitarismo*", demuestra que el imperialismo fue un germen del fascismo, resaltando un sentimiento de superioridad étnica y racial que se vuelve peligroso cuando se manifiesta en políticas internas (Arendt, 1973).
- 5) Finalmente, la crisis de valores en la posguerra dejó a la sociedad europea en un estado de desesperación y cólera, lo que permitió a los movimientos totalitarios ofrecer una sensación de seguridad a cambio de libertad (Tasca, 2015).

2. IDEOLOGÍA Y PRÁCTICA DEL FASCISMO

Hablar de una doctrina fascista en sentido estricto resulta problemático, ya que el fascismo careció de un sistema ideológico coherente y sistemático. Como ha señalado el historiador Aristotle Kallis, “el fascismo no fue tanto una ideología como un estilo político de movilización caracterizado por el nacionalismo autoritario, el culto a la acción y la subordinación de todos los aspectos de la vida al objetivo de regenerar la nación” (*Fascism and Religion*, 2008). Esta afirmación pone de relieve que el fascismo se definió menos por un cuerpo doctrinal cerrado que por una práctica política concreta y emocionalmente movilizadora. En la misma línea, Benito Mussolini proclamó: “nosotros, los fascistas, no tenemos una doctrina preformulada; nuestra doctrina es la acción” (*Il Popolo d’Italia*, 1921).

Pese a la ausencia de una teoría sistematizada, pueden identificarse una serie de elementos comunes que caracterizan tanto la ideología como la praxis del fascismo:

Omnipotencia del Estado

El fascismo concebía el Estado como una entidad totalizadora, por encima del individuo y de la sociedad civil. Los derechos individuales quedaban suprimidos y no existía una verdadera separación de poderes. La célebre fórmula de Mussolini — “Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado” — resume esta concepción totalitaria (*La dottrina del fascismo*, 1932). El Estado fascista se erige como principio rector absoluto, capaz de organizar la vida política, económica y moral de la nación.

Violencia redentora y el líder como encarnación del pueblo

La violencia es entendida como instrumento legítimo de acción política, glorificada como fuerza regeneradora de la sociedad. Se rechaza el racionalismo ilustrado en favor de una apelación a los instintos primarios. José Antonio Primo de Rivera habló de “la dialéctica de los puños y las pistolas” como vía de resolución de conflictos. En este marco se inscribe también el culto al líder carismático, concebido

como figura providencial. El ideal del *Führer* o del *Duce* encarna el concepto nietzscheano del *Übermensch*, el "superhombre", guía infalible del destino colectivo (Eatwell, *Fascism: A History*, 1996).

Jerarquía natural y exclusión: la negación de la igualdad

A diferencia del liberalismo democrático, que se basa en la igualdad jurídica de los ciudadanos, el fascismo proclama la desigualdad como un principio natural y deseable. De esta premisa se deriva la necesidad de una élite dirigente. En el ámbito de género, el nazismo impuso un ideal femenino subordinado, resumido en el eslogan de las "tres K": *Kinder, Küche, Kirche* (niños, cocina e iglesia). Asimismo, la creencia en la jerarquía racial desembocó en políticas eugenésicas y de exterminio contra los considerados "impuros", entre ellos judíos, discapacitados, homosexuales y opositores políticos (Kershaw, *Hitler*, 1998).

Nación o muerte: los fantasmas del pasado glorioso

El nacionalismo fascista se alimenta de agravios históricos, como la derrota o la humillación sufrida tras la Primera Guerra Mundial. Este sentimiento se proyecta en la aspiración a la expansión territorial y la recuperación de una supuesta grandeza perdida. Así, Mussolini invoca el esplendor del Imperio romano, mientras que Franco se remite a la tradición imperial española. Según Emilio Gentile, este nacionalismo se convierte en una "religión política", en la que la nación adquiere un carácter sagrado (*Las religiones de la política*, 2006).

La juventud como motor del renacimiento nacional

La juventud es presentada como portadora del renacimiento nacional. Los regímenes fascistas organizaron a los adolescentes en estructuras militarizadas, como las Juventudes Hitlerianas en Alemania o los *Balilla* en Italia. Joseph Goebbels llegó a afirmar que "quien tiene la juventud, tiene el futuro", subrayando el papel de las nuevas generaciones como instrumento de transformación del Estado.

Enemigos internos: el odio como instrumento de cohesión

El fascismo articula su discurso a través de una lógica binaria de amigos y enemigos, necesitando constantemente un chivo expiatorio para justificar su violencia y cohesionar al grupo. Esta mentalidad llevó al antisemitismo radical del nazismo, que transformó al judío en el enemigo absoluto. También fueron perseguidos sistemáticamente otros colectivos como gitanos, comunistas, homosexuales o discapacitados (Paxton, *La anatomía del fascismo*, 2004).

Una revolución contra la Ilustración: el falso anticapitalismo

Aunque el fascismo se presentaba como revolucionario y antiburgués, especialmente en su retórica, mantuvo la propiedad privada y colaboró estrechamente con las élites económicas. Se proclamó anticapitalista en lo discursivo, pero conservó las estructuras fundamentales del capitalismo, siempre que se sometieran a los intereses del Estado. Como ha señalado Zeev Sternhell, el fascismo constituyó una “revolución antiilustrada” que rechazaba tanto el liberalismo como el marxismo (*Ni derecha ni izquierda*, 1987).

El espectáculo del poder: propaganda, terror y obediencia

La acción propagandística fue uno de los pilares fundamentales del fascismo. A través de discursos, prensa, cine, radio y símbolos visuales, se generó un imaginario colectivo al servicio del régimen. La estética desempeñó un papel central en la escenificación del poder. El cine de Leni Riefenstahl, en particular *El triunfo de la voluntad* (1935), ejemplifica la espectacularización de la política. El partido único ocupó el centro del poder, con un líder absoluto al frente. Aunque formalmente se mantuvieron ciertas estructuras legales (como la Constitución de Weimar en Alemania o la figura del rey en Italia), en la práctica el poder recaía en los órganos represivos: la Gestapo y la OVRA se encargaron de imponer el terror, organizar campos de concentración y eliminar toda oposición al régimen (Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 1951).

En conclusión, el fascismo fue más una praxis que una teoría, un fenómeno profundamente arraigado en la movilización emocional y en la voluntad de transformación radical, con consecuencias devastadoras para Europa y el mundo.

3. EL FASCISMO ITALIANO

3.1. EL ORIGEN DEL FASCISMO EN ITALIA

Según Otto Bauer, el fascismo italiano surgió de la confluencia de tres procesos interdependientes: el impacto de la guerra, la crisis económica de posguerra y la descomposición del Estado liberal. En primer lugar, los veteranos desmovilizados tras la Primera Guerra Mundial, frustrados por la escasa recompensa que había supuesto el conflicto, se agruparon en los primeros núcleos fascistas. En segundo lugar, la posguerra trajo consigo una crisis estructural que afectó a toda Europa: inflación, desempleo, conflictividad social. Ante este escenario, la burguesía italiana comenzó a demandar con urgencia orden público frente al auge del movimiento obrero. Finalmente, el Estado liberal demostró una grave incapacidad para ofrecer soluciones eficaces, lo que erosionó su legitimidad.

Como señala Emilio Gentile, el fascismo no fue una mera “reacción” al socialismo, sino también un intento de “revolución nacionalista” que proponía una alternativa radical al parlamentarismo liberal y al marxismo (“Fascismo. Historia e interpretación”, 2002).

Aunque los *fasci* —grupos paramilitares de civiles— existían desde finales del siglo XIX, los primeros núcleos fascistas organizados se formaron en 1919 bajo la influencia del futurismo de Marinetti y su exaltación de la guerra como forma de regeneración social. Ese mismo año, Gabriele D’Annunzio protagonizó la ocupación de Fiume, un episodio de estética nacionalista y acción directa que anticipó los métodos del fascismo. También en 1919 nacieron los *Fasci Italiani di Combattimento*, con el apoyo de sectores empresariales. Mussolini, por su parte, fundó el periódico *Il Popolo d’Italia*, desde el que articuló un discurso que fusionaba su pasado socialista con un nacionalismo radical.

En las elecciones de 1921, el fascismo logró representación parlamentaria con 30 escaños. Su expansión fue rápida gracias a los *squadristi*, escuadrones armados que reprimían brutalmente a sindicatos y partidos de izquierda. Como indica Stanley G. Payne, “el escuadrismo fue el brazo armado del fascismo en sus primeros años, una violencia funcional al orden social y a los intereses de las élites” (*Historia del fascismo*, 1995).

Ese mismo año se fundó el Partido Nacional Fascista (PNF), y en 1922 se organizó la Marcha sobre Roma. Aunque planteada como una toma violenta del poder, la Marcha fue, en realidad, una demostración de fuerza que evidenció la debilidad del Estado. El rey Víctor Manuel III rehusó firmar el estado de sitio y encargó a Mussolini formar gobierno el 30 de octubre. Como apunta Renzo De Felice, “la connivencia de las élites y la pasividad institucional permitieron una transición casi legal al autoritarismo” (*Mussolini il fascista*, 1965). Mussolini, en su primer gabinete, incluyó solo a cuatro ministros fascistas, lo que le permitió consolidarse sin generar una ruptura inmediata con el sistema.

3.2. DE LA LEGALIDAD AL TOTALITARISMO: EL RÉGIMEN DE MUSSOLINI

El proceso de consolidación del régimen fascista puede dividirse en dos etapas: una primera fase de dictadura encubierta hasta 1925, y una segunda, de dictadura abierta, a partir de ese año.

a) Dictadura solapada (1922–1925)

Durante esta etapa, Mussolini mantuvo ciertas formas del parlamentarismo, aunque progresivamente vaciadas de contenido. La Ley Acerbo (1923), aprobada con el apoyo de sectores liberales y conservadores, otorgaba una mayoría aplastante a la lista más votada.

En las elecciones de 1924, la lista fascista —con liberales e independientes incluidos— obtuvo 374 de 535 escaños. Sin embargo, las denuncias de fraude y el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti en junio de ese año pusieron en evidencia la deriva autoritaria del régimen.

Como escribió el propio Mussolini en enero de 1925: “Si el fascismo ha sido una asociación de criminales, yo soy el jefe de esa asociación” (Discurso del 3 de enero de 1925). Ese momento marca el inicio oficial de la dictadura fascista.

b) Dictadura abierta (desde 1925)

Mussolini asumió poderes plenos, derogó de facto la legalidad liberal y transformó el Estado en un instrumento personal. El *Duce* gobernaba por decreto, el Parlamento quedó subordinado y los medios de comunicación pasaron a estar controlados por el régimen. Se suprimieron los periódicos críticos, se expulsó a los profesores universitarios opositores y el PNF se convirtió en el único partido permitido. Se instauró un culto al líder que, como indica George L. Mosse, “recurrió a una liturgia política de carácter casi religioso” (*Las raíces del nacionalismo*, 1991).

El aparato estatal se completó con la creación del Gran Consejo Fascista, encargado de proponer la lista única de candidatos al Parlamento. La juventud fue adoctrinada a través de organizaciones como los *Balilla*, donde se promovía una educación marcial, patriótica y sumisa al líder. El fascismo italiano va a contar con una serie de características propias que se pueden sintetizar en:

Represión y violencia institucionalizada. Las llamadas *leggi fascistissime* de 1926 eliminaron derechos fundamentales como la libertad de prensa o de reunión. Se fortalecieron los aparatos policiales y se legalizó la persecución de opositores políticos. La violencia ya no fue un instrumento auxiliar del poder: se convirtió en uno de sus pilares.

Modelo económico: corporativismo y connivencia con el capital. Hasta 1926, el régimen mantuvo una orientación liberal, respetando los intereses de las grandes firmas. A partir de entonces, bajo el liderazgo del ministro Giuseppe Volpi, se implementó una economía corporativa. En la *Carta del Lavoro* (1927) se afirmaba que “la economía está subordinada a los intereses de la nación y del Estado”. El objetivo era conciliar capital y trabajo bajo la tutela del Estado, sin abolir la propiedad privada.

Relación con la Iglesia: los Pactos de Letrán. Pese a tensiones iniciales con el Vaticano, en 1929 se firmaron los Pactos de Letrán, que resolvieron la “cuestión romana” vigente desde 1870. La Santa Sede obtuvo soberanía sobre el Vaticano, y el régimen fascista consiguió la legitimación eclesiástica. Como señala Richard J. B.

Bosworth, “la alianza con la Iglesia fue uno de los mayores logros tácticos de Mussolini” (*Mussolini's Italy*, 2006).

4. EL NAZISMO ALEMÁN: GÉNESIS Y Y CONSOLIDACIÓN DE UN RÉGIMEN TOTALITARIO

El ascenso del nazismo ha sido objeto de intensos debates historiográficos. Mientras que algunos autores como Gerhard Ritter sostienen que "el fenómeno nacionalsocialista no debe entenderse como una excepción alemana, sino como parte de un proceso europeo de descomposición de los sistemas liberales tras la Gran Guerra", otros, como los historiadores de la escuela francesa, consideran que el nazismo encuentra sus raíces más profundas en la tradición política y cultural alemana, desde el Romanticismo hasta el militarismo prusiano. En esta misma línea, el marxismo ha ofrecido interpretaciones estructurales del fenómeno: Daniel Guérin y Georg Lukács afirman que el nazismo fue funcional a los intereses del gran capital, sirviendo como freno a las reivindicaciones obreras en un momento de intensa conflictividad social.

Por su parte, Jacques Droz resalta que “la estructura social alemana, con su débil tradición democrática y una burguesía temerosa de la revolución, facilitó la aceptación de un orden autoritario y excluyente”.

4.1. RAÍCES IDEOLÓGICAS DEL NACIONALSOCIALISMO

Los estudios más tempranos sobre el nazismo subrayaban como factores clave la derrota en la Primera Guerra Mundial, la humillación del Tratado de Versalles, y la fragilidad estructural de la República de Weimar. Sin embargo, investigaciones posteriores han señalado la existencia de antecedentes ideológicos más remotos. Entre ellos destaca Johann Gottlieb Fichte, quien ya en sus *Discursos a la nación alemana* (1808) apelaba a una regeneración nacional sustentada en la superioridad cultural germánica.

También autores como Paul de Lagarde y Moeller van den Bruck defendieron la creación de una Gran Alemania y la instauración de una religión nacional alemana, anticipando elementos que Hitler incorporaría a su proyecto. La idea de “espacio vital” (Lebensraum), que justificaba la expansión territorial, hundía sus raíces en concepciones geopolíticas y racistas presentes en buena parte de Europa, amplificadas por una lectura pseudocientífica del darwinismo social. Oswald Spengler, en *La decadencia de Occidente* (1918), plantea que la historia está regida por leyes naturales y que el destino de los pueblos es el conflicto, tesis que encontrarán eco en la ideología nazi.

4.2. EL ASCENSO DEL NAZISMO

El motor del ascenso nazi fue sin duda Adolf Hitler, quien en *Mein Kampf* (1925) expuso con claridad su programa político: nacionalismo extremo, antisemitismo, anticomunismo y expansionismo. El Partido Obrero Alemán (DAP), germen del nacionalsocialismo, se transformó en el NSDAP en 1920, momento en que Hitler redacta el “Programa de los 25 puntos”. Desde sus inicios, el partido mostró una clara inclinación hacia la violencia organizada y la movilización simbólica, aspectos que marcaron su desarrollo posterior.

El fracaso del *Putsch* de Múnich en 1923 no significó el final del movimiento, sino su reorganización. A partir de 1926, Hitler reestructura el partido con la incorporación de figuras clave como Goebbels y la creación de estructuras paramilitares como las SS y las Juventudes Hitlerianas. Como ha señalado Ian Kershaw, “Hitler no conquistó el poder; se lo ofrecieron”. La crisis económica de 1929, que provocó un desempleo masivo, unida a la parálisis de las instituciones republicanas, facilitó su ascenso.

El régimen se benefició además de una estrategia comunicativa sin precedentes, basada en la repetición de mensajes simplificados, desfiles, actos masivos y una oratoria cuidadosamente trabajada. En palabras de Goebbels: “Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad”.

Las elecciones de marzo de 1933, marcadas por la violencia y la represión de la oposición, permitieron al NSDAP consolidar su hegemonía. El incendio del Reichstag, atribuido a los comunistas, sirvió de excusa para aprobar leyes de excepción y eliminar rivales políticos. Poco después, la Ley de Plenos Poderes convirtió al Parlamento en una institución irrelevante y otorgó al gobierno el derecho de legislar sin control.

4.3. LA CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO NAZI

El nuevo régimen se construyó a través de una serie de “momentos fundacionales” de violencia: el incendio del Reichstag (1933), la “Noche de los cuchillos largos” (1934), en la que fueron eliminadas las SA, y la “Noche de los cristales rotos” (1938), donde sinagogas fueron incendiadas y miles de judíos arrestados y deportados. Según Richard J. Evans, estos episodios “sirvieron para consolidar el poder interno, proyectar fuerza y enviar un mensaje claro sobre quién controlaba el Estado alemán”.

El aparato político quedó completamente subordinado al Führer. Con la muerte de Hindenburg en agosto de 1934, Hitler asumió simultáneamente la jefatura del Estado y del gobierno, siendo confirmado en el cargo mediante plebiscito. Desde entonces, Alemania se convirtió en un Estado totalitario donde toda actividad quedaba

bajo control del NSDAP. El culto al líder, el monopolio educativo, la censura de prensa y la represión sistemática de la disidencia fueron sus pilares.

Las Leyes de Núremberg (1935) institucionalizaron la segregación racial y configuraron un nuevo orden jurídico basado en criterios étnicos. A la par, la política económica del régimen reactivó la industria a través del rearme, reduciendo rápidamente el desempleo. En 1935 se instauró el servicio militar obligatorio, y el ejército pasó de 100.000 efectivos a más de un millón en apenas un año.

En suma, el nacionalsocialismo fue un fenómeno político, ideológico y social profundamente enraizado en el contexto de crisis de entreguerras, cuyo éxito radicó tanto en la capacidad de movilización del régimen como en la fragilidad de las estructuras democráticas de la República de Weimar.

5. OTROS MODELOS DE FASCISMO

A principios de los años 20 en España se inició la dictadura de Primo de Rivera, de inspiración fascista. Las primeras agrupaciones fascistas surgen de Ramiro Ledesma y fueron las Juntas Ofensivas Nacional-Sindicalistas. Otro de los ideólogos de este movimiento fue Onésimo Redondo, que proclamaba un fascismo castellano de un profundo nacionalismo. Tras ello se crean las **Juntas Castellanas de Actuación Hispánica**, grupo sindical y político. Se producirá un acercamiento de las Juntas Castellanas a las JONS. En Madrid tuvo lugar una asamblea y se produjo la fusión en 1931. Tras ello se procedió a la creación de un ejército civil, las Milicias Nacional-Sindicalistas, dotadas de violencia para combatir el marxismo y los nacionalismos periféricos.

Pero el principal dirigente del fascismo español será **José Antonio Primo de Rivera**, que de monárquico autoritario conservador pasa a una forma más radical de autoritarismo nacionalista. Él será el fundador de **Falange Española (FE)**. Al final se produjo una fusión entre **FE y las JONS**, pasándose a llamar Falange Española y de las JONS. En octubre de 1934 se celebró el I Consejo Nacional de FE y de las JONS. Se creó una jefatura única, además de aprobarse unos estatutos elaborados por José Antonio Primo de Rivera. El programa del partido eran los **Veintisiete Puntos**, que contenían la esencia del fascismo y que en el plano económico buscaba un Estado nacionalsindicalista. Algo que caracteriza al fascismo español es su marcada identidad católica (obtuvieron el 0,6% de los votos en las elecciones de febrero de 1936).

En **Austria** podemos observar las tres caras del nacionalismo autoritario: había un partido moderado de extrema derecha (Partido Social Cristiano), un grupo derechista más radical (unidades Heimwehr) y los nazis austriacos. La crisis económica y un sistema democrático sólido llevaron a un régimen autoritario dirigido por el socialcristiano Dollfus, pero no llegó a constituir un régimen fascista. El nacionalsocialismo austriaco tuvo un desarrollo más lento que el alemán.

Hungría es el país con mayor diversidad de grupos fascistas, semifascistas y autoritarios. Ello es inteligible por la difícil situación económica del país en aquellos momentos. Hungría era uno de los países más afectados por las pérdidas territoriales y demográficas de la guerra. En 1919 se produjo el control del comunista Bela Kun. Existía una gran clase media burocrática que aportaba muchos activistas a esa política. Pero los movimientos fascistas difícilmente podrían triunfar en Hungría, pues su represivo gobierno (Horthy) concentraba el poder representando un autoritarismo conservador moderado, de carácter contrarrevolucionario y obcecado en conservar la antigua jerarquía social decimonónica. En Hungría la influencia nazi sustituye a la fascista a partir de 1933, siendo **La Cruz y la Flecha** la única fuerza importante y **Szalasi** un líder convencido de la expansión imperial, además de ser antisemita.

Rumanía. La situación es análoga a la húngara, con la fuerza del movimiento de **La Guardia de Hierro**. Rumanía se benefició tras la guerra duplicando su territorio. Existía también un autoritarismo moderado reflejado en la dictadura monárquica de Carol (1938-1940), a la que siguió la del general Antonescu (1940-1944). La Guardia de Hierro respondía a algunos aspectos del fascismo. Fue fundada en 1927 por C. Z. **Codreanu**, nacionalista de derechas y antisemita. Se dirigió hacia la juventud más radical y al campesinado. Aborrecía el marxismo y el materialismo histórico. La dictadura del rey Carol cerró el paso a su propuesta.

6. NEOFASCISMO Y EXTREMA DERECHA

6.1. NEOFASCISMO

La derrota militar de las potencias del Eje conllevó la prohibición de los partidos nazi y fascista, al tiempo que se consolidaba la democracia liberal en la mayor parte de Europa Occidental, coincidiendo con la configuración del bloque socialista en la Europa del Este. No obstante, las ideas fascistas y de extrema derecha no desaparecieron por completo y pervivieron, en diversas formas, durante las décadas posteriores.

En la **República Federal de Alemania (RFA)** surgieron grupos neonazis que lograron atraer a varios miles de simpatizantes. La situación del país tras la guerra era crítica: una nación vencida, ciudades devastadas, pérdida territorial y división política. Sin embargo, el apoyo popular a estas formaciones fue decreciendo con el paso del tiempo, favorecido por el proceso de reconstrucción, la expansión económica, el liderazgo del canciller Konrad Adenauer y la estabilidad promovida por su gobierno. No obstante, la recesión económica de 1963-64 dio pie al nacimiento del Partido Nacional Democrático de Alemania (NPD), cuya ideología guardaba claras similitudes con el antiguo nacionalsocialismo.

Durante las décadas de 1970 y 1980 se produjo un aumento significativo de actos violentos protagonizados por células terroristas de ideología neonazi, como el

Frente de Acción Nacional Socialista, que llevaron a cabo agresiones contra personas extranjeras, incendios intencionados y ataques a sus viviendas. A ello se sumó el fenómeno **skinhead**, cuyos miembros utilizaron ciertos entornos vinculados al fútbol como espacios de radicalización y reclutamiento.

Por otra parte, numerosos criminales de guerra vinculados al régimen nazi lograron eludir la acción de la justicia, amparados por redes clandestinas como **ODESSA** (Organización de Antiguos Miembros de las SS), sobre la cual existen evidencias fragmentarias y documentación escasa respecto a su estructura y actividades concretas.

A nivel continental, se organizaron diversas iniciativas neofascistas orientadas a mantener vivos los ideales, símbolos y discursos de inspiración fascista. En 1951, prominentes figuras del neofascismo europeo como Oswald Mosley, Maurice Bardèche o Gaston-Armand Amaudruz promovieron la creación del **Movimiento Social Europeo**, con la intención de ganar espacio político en la Europa de la posguerra. Posteriormente destacaron otras organizaciones de carácter similar como *Nouvel Ordre Européen* (NOE) y *Jeune Europe*, que aspiraban a articular una alternativa panfascista a escala transnacional.

En el caso italiano, el principal referente fue el Movimiento Social Italiano (MSI), que representaba una vertiente más moderada, en contraposición a la línea insurreccional de grupos como el *Centro Studi Ordine Nuovo*, partidario de la acción violenta y de la subversión mediante atentados, en un intento por dismantelar las estructuras democráticas. Este grupo fue responsable de numerosos actos terroristas que causaron centenares de víctimas mortales y heridos, y su radicalización sentó las bases metodológicas que otros movimientos de extrema derecha europeos replicarían a partir de los años ochenta, en particular con el auge de las elecciones al Parlamento Europeo.

En España, la formación más representativa de la extrema derecha durante la Transición fue Fuerza Nueva. Este partido pretendía agrupar a sectores nostálgicos del franquismo, nacionalistas extremos, falangistas e integristas católicos. Tras el fracaso electoral de 1977, los dirigentes de esta corriente llegaron a la conclusión de que la única vía para restablecer su ideario pasaba por el apoyo de ciertos sectores del estamento militar reacios al nuevo sistema democrático. Esta posibilidad cobró fuerza en un contexto de profunda crisis económica, debilidad de los gobiernos de la Unión de Centro Democrático (UCD) y el impacto de la violencia política ejercida por grupos armados como ETA o los GRAPO.

6.2. EXTREMA DERECHA

A comienzos de los años setenta los estrategas más perspicaces procedentes del neofascismo y la extrema derecha entendieron que había que buscar nuevos argumentos para justificar su posible alternativa de acceso al poder.

El crecimiento económico y la extensión del Estado del bienestar en Europa Occidental habían consolidado en los ciudadanos el deseo de disfrutar de libertades garantizadas por un Estado democrático. La estrategia a seguir pasaba por proclamar lealtad a las reglas del sistema democrático y tratar de captar a los descontentos con un programa ultranacionalista y xenófobo.

Podemos hablar de dos modelos de formaciones de extrema derecha (Paolo Ignazi), los cuales vienen coexistiendo desde comienzos de los setenta: **antiguos partidos de extrema derecha y los nuevos partidos de extrema derecha**. Para ser incluidos en algunas de estas categorías un partido debería cumplir por lo menos una de estas dos condiciones:

- Estar vinculado ideológicamente con el fascismo histórico (años veinte y treinta) mediante referencia a mitos, símbolos y el programa de este movimiento.
- Desarrollar una labor de deslegitimación del sistema político imperante en las democracias occidentales mediante una oposición antisistema.

Si cumple las dos condiciones pertenecería a la tipología de antiguos partidos de extrema derecha. En cambio, si un partido desarrolla una férrea actitud antisistema y se relaciona ideológicamente con el pensamiento de extrema derecha (ultranacionalismo, antipluralismo y una concepción autoritaria del orden social), pero sin establecer vínculos directos con el fascismo histórico, quedaría adscrito a la tipología de nuevos partidos de extrema derecha, que curiosamente son los que están alcanzando un protagonismo cada vez mayor en el escenario político europeo.

Estas nuevas formas de manifestación de la extrema derecha aceptan teóricamente las reglas del sistema democrático y dicen acatar el orden constitucional. Sin embargo, sostienen un discurso con valores antidemocráticos.

En la actualidad la mayoría de los partidos de extrema derecha que han alcanzado un cierto éxito desde mediados de los ochenta hasta nuestros días pertenecen a la tipología de nuevos partidos de extrema derecha, caso de la Agrupación Nacional de Marine Le Pen, el Bloque Flamenco en Bélgica, también de reciente incorporación la Lega de Salvini y Hermanos de Italia de Meloni.

Podríamos plantearnos las **causas del ascenso de la extrema derecha**, deteniéndonos en cuatro aspectos fundamentales:

En primer lugar, la **xenofobia** ha sido uno de los ejes discursivos más rentables para estas formaciones. Las encuestas y estudios sociológicos constatan un incremento del número de ciudadanos europeos que consideran que hay demasiados inmigrantes en sus respectivos países y que su presencia pone en riesgo tanto el empleo como la identidad cultural nacional. Los partidos de extrema derecha han sabido convertir a los inmigrantes —especialmente a los provenientes de fuera de

Europa y de culturas no blancas— en chivos expiatorios de los principales problemas sociales y económicos. Como señala Cas Mudde, la inmigración ha pasado a ocupar el lugar que antes tenía el comunismo o el antisemitismo como “enemigo interno” útil para movilizar apoyos populistas (Mudde, 2019). En este sentido, la instrumentalización del discurso identitario ha contribuido a generar una percepción de amenaza constante, en la que el inmigrante es retratado como un elemento desestabilizador del orden nacional.

A ello se suma una **creciente desafección política** que ha erosionado la legitimidad de los partidos tradicionales. Las formaciones de extrema derecha canalizan el malestar ciudadano frente al funcionamiento del sistema político y se presentan como alternativas genuinas frente a lo que perciben como una élite corrupta y alejada de los problemas reales de la población. Según Piero Ignazi, estas organizaciones recogen buena parte del voto de protesta ante el incumplimiento de promesas electorales y la falta de receptividad del sistema representativo, especialmente entre quienes sienten que su voz no es escuchada una vez celebradas las elecciones (Ignazi, 2006). En un contexto en el que la izquierda radical ha perdido capacidad de movilización, la ultraderecha ha sabido ocupar ese espacio de contestación.

El **discurso del miedo** ha desempeñado también un papel central en el auge de estas formaciones. El temor ante fenómenos complejos como la globalización económica, la precarización del mercado laboral, la movilidad de trabajadores o la cesión de soberanía a instituciones supranacionales ha sido utilizado como herramienta de movilización. Los partidos de extrema derecha han logrado éxito al construir una narrativa centrada en la defensa de la soberanía nacional frente a amenazas percibidas como externas, promoviendo una visión etnocultural excluyente de la nación. Ruth Wodak ha destacado cómo estos movimientos recurren a una retórica emocional que vincula el sentimiento de inseguridad con el rechazo a la integración europea y a la inmigración, generando una forma de “nostalgia defensiva” que idealiza el pasado nacional (Wodak, 2015).

Finalmente, el éxito electoral de la extrema derecha también se explica por su capacidad para atraer a una **base social muy heterogénea**. Aunque se suele asociar su crecimiento a clases trabajadoras empobrecidas o a jóvenes desempleados, lo cierto es que el electorado ultraderechista abarca desde jubilados hasta sectores de clase media con niveles de vida estables. Esta diversidad ha llevado a algunos analistas a hablar de una “rebelión de los satisfechos”, en la que ciudadanos que disfrutaban de cierta seguridad material apoyan opciones autoritarias por **miedo a perder privilegios** o en defensa de valores culturales tradicionales. Según Hans-Georg Betz, el atractivo de estos partidos no reside únicamente en el resentimiento económico, sino en su capacidad para conectar con ansiedades culturales difusas, especialmente en contextos de cambio acelerado (Betz, 1994).

En suma, el ascenso de la extrema derecha en Europa durante las últimas décadas se sostiene sobre un conjunto de factores entrelazados que han permitido su penetración tanto en sociedades golpeadas por la crisis como en aquellas con estabilidad económica, desafiando las categorías tradicionales de análisis político.

III. CONCLUSIÓN

Benedetto Croce hablaba del fascismo como un mal sueño o un paréntesis, pero lo cierto es que fue una de las etapas más tristes de la historia de la humanidad. Sin un acercamiento a los fascismos hubiese sido imposible conocer nuestro pasado más inmediato, teniéndolo como referencia para evitar una posible repetición de lo ocurrido. Ese paréntesis del que hablaba Croce no es tal cosa, la prueba está en el éxito cosechado en las últimas elecciones europeas de 2024, en las que este tipo de partidos se dividen en tres familias políticas: el grupo de Europa de las Naciones (Alternativa para Alemania entre otros), ECR (Ley y Justicia y Hermanos de Italia) y los Patriotas de Bardella.

IV. BIBLIOGRAFÍA

- RENOUVIN, P. : “Historia de las relaciones internacionales”. Ed. Akal.
- FERNÁNDEZ, A.: “Historia Universal. Edad Contemporánea”. Ed. Vicens Vives.
- PAYNE, S. : “El fascismo”. Alianza Editorial.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A y RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L. .: “Fascismo, Neofascismo y Extrema Derecha” Ed. Arco/Libros.
- MUDDE, CASS “Populist Radical Right Parties in Europe”

ONUBA.®